

Y en este libro que comentamos encontramos, por último, un anexo curioso, que reproduce el artículo que Umberto Eco publicó en 2013 en el periódico italiano *La Repubblica*. En ese escrito el conocido semiólogo, filósofo y novelista ironiza sobre los cuatro apellidos Herrán de un sacerdote que conoció en España en 1952. Ese sacerdote, con el que coincidió y trató en alguno de los congresos internacionales, se llamaba Laurentino Herrán Herrán Herrán Herrán. Nuestro protagonista.

*Miguel de Santiago Rodríguez*

MIGUEL DE SANTIAGO, *Contemplar para orar con la naturaleza. Tierra, agua, aire y fuego*. PPC Editorial, Manuales de Oración nº 10, Madrid 2019, 160 pp., 5 ilustraciones de Pilar de la Fuente y 65 fotografías.

*Contemplar para orar con la naturaleza. Tierra, agua, aire y fuego* se titula este precioso libro recientemente editado por PPC y escrito por el académico de la Institución Tello Téllez de Meneses, Miguel de Santiago, escritor palentino de quien conocemos su importante obra tanto de creación como de investigación. Esta es su última aportación a la ya larga nómina de poetas palentinos que viene a sumarse a una interesante biblioteca de autores sobre temas relacionados con Palencia. La idea de formar una colección de obras cuya relación con Palencia fuera evidente vendría a sumarse a lo que ya viene sucediendo en otros muchos lugares de España que no cuentan con tantos y de tanta calidad escritores de la tierra.

El libro que se presentó en el Casino de Palencia el mes de octubre de 2019 tiene un for-

mato muy interesante, ya que los textos vienen ilustrados por una muy cuidada selección de fotografías artísticas alusivas al contenido poético. La estructura del contenido viene muy bien explicada por su autor en el prólogo. El título en tipografía que subraya tres palabras, Contemplar, orar, naturaleza, ya nos da una de las claves de su contenido. Tres palabras unidas por nexos preposicionales y un determinante que nos indican la estrecha relación entre la contemplación y la oración. El sustantivo “naturaleza” se amplía con otros tres: tierra, agua, aire, fuego. Así se estructura el libro en cuatro partes, que se corresponden con esa presentación de la naturaleza formada por esos cuatro elementos. Finalmente, se añade un apéndice dedicado al hombre, que es el culmen de los cuatro elementos citados.

Cada parte del libro comprende poemas de variable extensión y va acompañado de una cita bíblica o de alguna autoridad eclesiástica o clásicos de la literatura espiritual, que ilustra, amplía o ilumina al poema al que acompaña. Para recreo de la vista, cada parte viene precedida de una hermosa ilustración con colores variables en función del cromatismo que sugiere cada uno de los cuatro elementos: el ocre para la tierra, el azul para el agua, un suave amarillo para el aire y el rojo para el fuego. También las páginas van cambiando su color en la trama de fondo de cada una de sus cuatro partes. Así, el libro no es meramente un libro de versos sino mucho más. Tampoco es únicamente un libro de oración al uso, sino que es ambas cosas ilustradas por esa citada presencia visual de la naturaleza. Así se evidencia una finísima sensibilidad artística, tanto religiosa como lírica y plástica que nos enseña a mirar y escuchar. Para el autor no hay literatura sin raíces y las raíces están en la infancia, que es cuando se aprenden los valores que nos guían en nuestra vida como una fuente que no cesa de manar, vivificando nuestras conductas y que el autor

describe valiéndose del símbolo artísticamente concebido para hacernos sensible la experiencia personal de su íntimo lirismo. Los símbolos poéticos sitúan al hombre ante sí mismo y sus relaciones con el mundo. Miguel elige los símbolos que impregnaron su infancia: las acacias de las plazas donde revolotean los gorriones, la luz tan castellana entusiasmada de melodías, los fresnos junto al río o los chopos en hilera. Paisajes de la infancia que nos remiten a una búsqueda incesante de la plenitud del ser alcanzada mediante la contemplación asombrada de la naturaleza y desde ella a la plenitud del ser en Dios. Hay bellísimos poemas plenos de serenidad, enumeración de los más bellos elementos de la naturaleza que llenaron su infancia impregnando los sentidos. La contemplación entendida, no como evasión sino como una introspección del ser, una contemplación de sus propias emociones. Así que la obra poética acaba siendo un reflejo de la vida del autor. La poesía de Miguel es meditativa y reflexiva. Va de la emoción contemplativa al pensamiento. En su obra, de una deslumbrante claridad, el autor, al comunicar su experiencia personal se convierte en el transmisor del poder iluminador que tiene la poesía para transmitir el misterio de la fe. Dice Miguel que la poesía expresa el misterio inherente a la vida creada por Dios y es una manera de relacionar al hombre con Dios mediante la belleza que define a la poesía.

El autor parte de una extasiada contemplación de las bellezas que posee la naturaleza, que le lleva a una posición de arrobamiento próxima al éxtasis místico. Como para los místicos, la belleza de la creación es el reflejo de la belleza divina. Se trata de un neoplatonismo en su modo de mirar la naturaleza que eleva su alma hacia Dios, el Supremo Creador. Pero la contemplación no es pasiva, sino que a través de ella el poeta dirige su mirada a su interior como un modo de introspección para alcanzar ese

estado de plenitud que la presencia divina en su interior produce. Como vemos, su relación con la mística es más que evidente. Además de ese neoplatonismo a lo divino y la mística renacentista, en este libro se manifiesta la presencia de san Francisco de Asís para quien el amor de Dios con las criaturas nos induce a amar la naturaleza. La actitud contemplativa es la forma de oración que nos acerca a Dios.

En cuanto a la relación entre la poesía y la fe, además de la tan citada corriente de la poesía mística, con figuras tan extraordinarias como santa Teresa de Jesús o san Juan de la Cruz, también la poesía moderna tiene ilustres representantes. Y es que si la fe forma parte de nuestros sentimientos y emociones, estos buscan su forma de expresión y el sentimiento religioso halla su mejor forma en la poesía, porque la poesía es belleza y los humanos necesitamos la belleza para no caer en la desesperanza. Ahí se unen poesía y fe.

El lenguaje utilizado es claro, elegante, nada retórico y de una cuidada belleza que transmite con fluidez el mensaje del texto así como una agradable sensación de serenidad con una exigente labor de depuración y de concentración de la palabra con gran rigor en el trabajo poético. Tono cálido que subraya los valores estéticos. Muy cuidado el ritmo y la musicalidad que Miguel de Santiago maneja con evidente sentido de la musicalidad con aquel *fluir* armónico, ondulante y una cuidadísima contención. Destaca la alternancia vocálica, la prosodia, la acentuación, la suave rima que alterna con el versículo, el recuerdo de los metros clásicos renovados por el lenguaje moderno que dan al poema una música nueva con el fondo clásico.

Sobriedad en el ritmo y la musicalidad versuales que no vienen dados únicamente por la rima o el metro, sino por la sabia utilización

de las figuras literarias, fundamentalmente los símbolos. Según Platón, el ritmo y la armonía están en la base de la felicidad. Para un neoplatónico como Miguel, está claro que esa afirmación es certera.

Un libro importante que gustará tanto a los aficionados a la poesía como a los que prefieren otros géneros, pero imprescindible para todo aquel que ame la belleza y busque la paz a través de la palabra.

*Carmen Casado Linarejos*